



Más poemas paradejarsellevar

**Más poemas
paradejarsellevar**

Nuestro agradecimiento a los autores,
herederos, agentes y editoriales por su colaboración
para la edición de esta obra

EDICIÓN NOVENAL CON MOTIVO DE LA
SEMANA EUROPEA DE LA MOVILIDAD 2005

Más poemas paradejarsellevar



SELECCIÓN DE TEXTOS

Josefina Junquera Coca
José Antonio Galindo Riaño

JUNTA DE ANDALUCÍA

CONSEJERÍA DE OBRAS PÚBLICAS Y TRANSPORTES

© 2005, De los autores
© 2005, JUNTA DE ANDALUCÍA.
Consejería de Obras Públicas y Transportes

Coordinación de la edición: Dirección General de Planificación.
Servicio de Publicaciones

Selección de textos: Josefina Junquera Coca y José Antonio Galindo Riaño

Diseño gráfico: José Antonio Galindo Riaño

Fotografías: Javier Reina González

Fotomecánica, impresión y encuadernación: Coria Gráfica SL

Nº de Registro: JAOP/PL-22-2005

Depósito Legal: SE-2180-2005

IMPRESO EN ESPAÑA

MÁS POEMAS para dejarse llevar / Selección realizada por Josefina Junquera Coca y José Antonio Galindo Riaño. [Sevilla]: Consejería de Obras Públicas y Transportes, 2005
96 p.; 17 x 11 cm ([Colección conmemorativa para el Día sin Coche]; 4)

Edición no venal con motivo de la Semana Europea de la Movilidad 2005.

Selección de poesía dividida en bloques temáticos relacionados con diversos medios de transporte: *Poemas de asfalto*; *Poemas de agua*; *Poemas de hierro*; *Poemas de aire* y *Poemas de camino*.

I. Literatura. 2. Transporte Público de Viajeros. I. Junquera Coca, Josefina. II. Galindo Riaño, José Antonio. III. Andalucía.
Consejería de Obras Públicas y Transportes

No andes errante...
y busca tu camino.
—Dejadme—.
Ya vendrá un viento fuerte
que me lleve a mi sitio.

León Felipe

Tábara (Zamora), 1884–1968



Más poemas para dejarse llevar

Demasiados vehículos se movilizan cada mañana en las calles de nuestras ciudades. Ciudades saturadas, que ya no se construyen a medida del hombre, sino a la del coche. El transporte público es sin duda la mejor manera de desplazarse, de reducir el número de automóviles y de mejorar la calidad de las ciudades. El autobús, el tren, el taxi, el tranvía, el barco en algunos casos, son alternativas cada vez más fiables, eficientes y confortables para trasladarse al lugar de trabajo o para realizar un viaje.

Las campañas de sensibilización del transporte público son indispensables para que el ciudadano comprenda que el proceso de aumento sin límite del número de coches es reversible, que con frecuencia es la inercia la que nos empuja a subir al coche antes que al tren o al autobús. Si todos somos conscientes de que el transporte público es más barato, ahorra tiempo y contamina menos que el vehículo privado, ¿por qué resulta tan difícil cambiar nuestros hábitos?

Dejar el coche en casa y cambiar nuestras costumbres cotidianas requiere un ejercicio de responsabilidad por parte de los ciudadanos. También exige un continuo esfuerzo por parte de las Administraciones públicas para adecuar el servicio a las necesidades de la sociedad.

La potenciación del transporte público como medio más eficaz y limpio para la movilidad de los ciudadanos sigue siendo una prioridad de la Junta de Andalucía en este año 2005. Para los servicios de autobuses resultan fundamentales no sólo las ayudas a la modernización de sus vehículos, apeaderos y refugios, sino también la mejora general de la red de carreteras. A este respecto hay que resaltar la puesta en marcha en todas las comarcas andaluzas del Plan de Mejora de la Accesibilidad, la Seguridad y la Conservación en la Red de Carreteras de Andalucía (*MAS CERCA*).

Este año además los Consorcios de Transporte han completado la implantación del billete único en las cuatro mayores áreas metropolitanas de nuestra Comunidad Autónoma, las de Sevilla, Málaga, Bahía de Cádiz-Jerez y Granada, a la vez que se han puesto en marcha programas de mejoras de los servicios. Se ha constituido el Consorcio del Campo de Gibraltar y la puesta en marcha de oficinas de transporte metropolitano en Huelva, Almería, Jaén y Córdoba confirma la apuesta por dotar a las nueve áreas metropolitanas andaluzas de instrumentos para la mejora de los sistemas de transporte público, a la vez que para la implantación de nuevos sistemas. En este último aspecto destaca la continuación en este año de las obras de la Línea I del Metro de Sevilla y la puesta en funcionamiento de dos líneas de

transporte marítimo en la Bahía de Cádiz. También comienzan las obras de las líneas 1 y 2 del Metro de Málaga, a la vez que se están terminando los proyectos de la Línea Metropolitana de Metro de Granada y del tren-tranvía de la Bahía de Cádiz, a fin de iniciar próximamente la licitación de obras. Las nuevas iniciativas de transporte metropolitano que impulsa la Junta de Andalucía se completan con el Corredor Ferroviario de la Costa del Sol, del cual se han comenzado a redactar tres proyectos constructivos.

Con estos poemas, editados con motivo de la Semana Europea de la Movilidad 2005, queremos que descubra la magia de la poesía que se esconde detrás de un gesto tan prosaico y cotidiano como subir al autobús. O que hay numerosos poemas sobre trenes y tranvías. O que se ha escrito un bellissimo poema de amor... a una bicicleta. Todos los autores y herederos han acogido esta propuesta con enorme entusiasmo y generosidad. A todos ellos, nuestro agradecimiento. Deje el volante y abra este libro. Espero que estos versos lleguen a donde esté usted sentado, en el autobús o el tren, y le hagan más luminoso el trayecto de hoy.

Buen viaje.

Concepción Gutiérrez del Castillo
CONSEJERA DE OBRAS PÚBLICAS Y TRANSPORTES
JUNTA DE ANDALUCÍA



Poemas
de asfalto





Poemas
de asfalto



*Rojo temblor de
frenos por la noche*

Rojo temblor de frenos por la noche,
así sueño el amor, así recuerdo,
entre la madrugada olvidadiza,
sensaciones de turbia intimidad,
cuando tener pareja conocida
es un alivio para los extraños.

Borrosa gravedad del parabrisas
en la despreocupada seducción.
Porque los coches saben su camino
y van como animales en querencia
a la casa, sin dudas, entre besos
que nos duran el tiempo de un semáforo
y un poco más; porque decir mañana
es casi discutir el más allá,
y hablamos del dolor de los horarios,
alejados, cayendo en la imprudencia,
como los vivos hablan de la muerte.

Luis García Montero
Granada, 1958



Tanto coche

¡Qué derroche tanto coche,
tanto coche a troche y moche!
Van de casa a la oficina
escupiendo gasolina,
van de la oficina a casa
pringando todo de grasa.
En sus asientos bajitos
conductores sentaditos
pisan fuerte pisan fuerte
tienen coche tienen suerte,
aceleran aceleran
frenan frenan desesperan.
Son las luces las que mandan
cuándo andan, cuándo no andan,
verde rojo verde rojo
miran todos de reojo,
rojo verde rojo verde
el más lento es el que pierde,



corren paran corren paran
se embotellan se separan,
paran corren paran corren
a los lentos que los forren,
cuatro ruedas cuatro ruedas
no te achantes nunca cedas,
éste aparca éste no aparca
aquél va al trabajo en barca,
tú a lo tuyo tú a lo tuyo
aprovecha este barullo,
automóvil automóvil
raro ingenio parque móvil,
qué derroche qué derroche
tanto coche a troche y moche.

Jesús Munárriz

San Sebastián, 1940



Se acerca a su bicicleta.
La máquina se encabrita
y se pone en una rueda
relinchando de alegría.

Ya la doma. Ya la monta.
Ya se mete de perfil
mundo adelante, y su timbre
suenan: ¡Abril, Abril, Abril!

Ascensores verticales
escapan por los tejados.
Para que bajen, ofrece
miga de pan en su mano.

En el balcón, las muchachas
se están peinando la brisa.
O cosen, y enhebran largos
hilos de melancolía.

A veces, ante el espejo,
se confunden y le pintan
los labios a su reflejo.
Y creen que eso es poesía.



El día se ha vuelto loco.
Lo vulgar es un milagro.
La luz nos pone en el pecho
su pistola y nos da el alto.

Los tilos duermen de pie.
Todo el azul va a cuajar.
Acabaremos cogidos
en un bloque de cristal.

Pedaleo, pedaleo,
pero sigo donde estoy.
El corazón en mi pecho
está tocando el tambor.

Por un triángulo —lupa—,
la Providencia me mira.
¿Por qué sólo con un ojo?
¿No será que Dios me guiña?

Gabriel Celaya

Hernani (Guipúzcoa), 1911–1991



Faros en la noche

Intento seducirte en el pasado.
Las manos al volante y esta luz
de club nocturno del tablier me dejan
—fantasía invernal— bailar contigo.
Detrás de mí, igual que un gran camión,
el mañana hace ráfagas de luces.
No lo conduce nadie y me adelanta,
pero ahora tú y yo viajamos juntos
y el coche puede ser el dos caballos
de los años sesenta hacia París.
Je ne regrette rien canta Edith Piaf.
Bajo la ventanilla, entra la noche
fria de la autopista, y el pasado
se aproxima de cara, velozmente:
cruza y me ciega sin bajar las luces.

Joan Margarit

Sanaüja (Lérida), 1938



*Al espejo retrovisor
de un coche*

Tú eres el corazón con lo vivido;
en ti está todo lo que atrás vamos dejando,
lo que hemos ido con pasión amando,
definitivamente ya perdido.

En ti vemos las gracias que se han ido,
los paisajes y el cielo de ayer, cuando
las cosas que ahora sigues recordando
flotan sobre las aguas del olvido.

Pero vives y estás: claro y pequeño,
miras aquellos prados, aquel sueño
tan lejano, las rosas de aquel día.

Crees que puedes cambiar toda la suerte
y, aunque vamos derechos a la muerte,
vives de lo pasado todavía.

José García Nieto

Oviedo, 1914–2001



Carretera (Homenaje a A.T.)

Invierno gris sobre las sementeras
hurañas de Castilla. Atrás quedaron
—niebla harapienta y hielo— los peñascos
de Pancorbo, y la tarde palidece
tras este parabrisas de mosquitos
estrellados. La carretera, eterna
—en la cuneta, un repentino vuelo
de urracas—, va esfumándose a lo lejos,
en el futuro. Por la radio insisten
los políticos. Pasan camiones
porcinos hacia Burgos. (Y algún tiempo
después pasa su olor). Villamartín,
Villarramiel, Frechilla, Villalón
de Campos, tantos fantasmales pueblos
de adobe —una bombilla solitaria
ya encendida (¿por quién?)— de los que aún
no se borró la antigua bienvenida
de yugos y de flechas, espadañas
con olvidados nidos de cigüeña,
andrajos de carteles de algún circo...



Tras este parabrisas de mosquitos
estrellados —el día ya apagándose—,
postes y postes. Postes que sostienen
pentagramas de pájaros sombríos.
Postes como de un sueño.

Pero mira
esos cables y anímate, muchacho:
acaso por alguno de ellos va
ahora mismo —la vida no es tan negra,
al fin y al cabo—, tembloroso de
pura belleza, hacia cualquier oído
perdido en la espaciosa y triste España,
uno de esos poemas que recita
tu amigo Andrés Trapiello por teléfono.

Miguel D'Ors

Santiago de Compostela, 1946



La falda, los zapatos,
la blusa, la melena.
El cuello con sus rizos.
El seno con su almena.

El neón de los cines
en su piel, en sus piernas.
Y en los leves tobillos,
una luz violeta.

El claxon de los coches
se desangra por ella.
Anuncios luminosos
ven fundirse sus letras.

Cuánta coma de rimmel
bajo sus cejas negras
taquigrafía el aire
y el aire es una idea.

El cromo de las motos
gira a cámara lenta.
Destellos, dioramas,
tacones, manos, medias.

Un solo parpadeo
y todo se acelera.
El carmín es un punto
y es un ruido la seda.



La falda, los zapatos,
la blusa, la melena
se han ido con la luz
verde que se la lleva.

En un paso de cebra
la ví y dije: ¡ella!
Y todos los motores
me clavaron su espuela.

El semáforo dijo
hola y adiós. Y era
muy pronto para todo,
muy tarde para verla.

El ámbar me mordía
los ojos y las venas
y la calle tenía
resplandor de pantera.

En qué esquina de yodo
su mirada bucea.
En qué metro de níquel
o burbuja de menta.

Ningún libro me dice
ni quién es ni quién era.
Ni su nombre ni el mío
intercambian fonemas. [...]

Jaime Siles
Valencia, 1951



MCMLIV

Jugué de niño en esta Plaza Nueva.
Correteé feliz entre sus arcos.
Más de tres veces tropecé en sus piedras.
En medio había un quiosco rodeado
de trinitarias púrpura,
palmeras de congoja crecían en los ángulos.

Madre,
guárdame de la vida,
en tu chal escocés de lana escóndeme,
líbrame del amor;
dame la mano.

(Por el brocal de la memoria afloran
cenagosos fragmentos de pasado)

Avanza un lento Oldsmobile por las rúas
de la dulce Bilbao,
bajo el sol del invierno aterecida:
ciudad que he amado con el alma rota
por el rencor y sus devastaciones,
desde la fría claridad del miedo,
con una tierra y bárbara amargura.
Acaso soy el niño que va dentro,
en la parte de atrás, acurrucado
sobre el regazo de la pasajera,
mi joven madre de veintiocho años.



Su voz me entrega al mundo
de los eventos consuetudinarios:
hoteles, estaciones, almacenes,
las rodelas de arenques y los sacos
llenos de harina de maíz, de nueces,
y, aunque esté mal decirlo, de garbanzos;
por las húmedas ramblas,
los tranvías que pasan muy despacio;
el Arenal sombrío,
los muelles y las grúas y los barcos,
tiendas que huelen a café y a aceite,
la aguja de la torre de Santiago,
las mujeres que salen de la iglesia
con velos negros y devocionarios,
en el cielo metálicas gaviotas,
y allá, sobre los montes aún nevados,
las primeras estrellas.

Hombres en bicicleta van cruzando
el puente, de regreso hacia la noche,
y entonces no pensé que fueran tantos
los que la noche al fin se cobraría.

La noche:
la noche hecha a medida del espanto,
la larga noche con el tiempo a solas,
la noche que te espera a ti también,
a ti, pequeño Juan,
el solitario.

Jon Juaristi
Bilbao, 1951



Una tarde de lluvia. Un autobús
recorre la ciudad como un presagio.

Cruzan brazos, paraguas y miradas
que buscan una tregua,
el eco de otros ojos donde reconocerse
o ver al fin el mundo,
el alma sin rubor de tantas avenidas
o tal vez una sombra
de escarcha en las ventanas,
sobre la piel desnuda del cristal.

Hay viajeros que fingen
contemplar el desorden del paisaje,
gabardinas que agitan temblorosos
titulares de prensa,
anuncios sin palabras, carteleras de cine...
Alguien comparte
la rara soledad de su silencio
con el contorno gris del conductor:

De pie, junto a la puerta,
un hombre va sumando las arrugas
de un rostro que ha vivido
en el hueco de una fotografía:
al fondo de la edad,
una mujer despliega una sonrisa triste.



Sin duda él reconoce en cada gesto
un instinto lejano de caricias,
el cuerpo de una ausencia,
las mentiras que esconde una canción.
La mujer le devuelve la mirada,
y entonces, de repente,
me parece advertir en sus pupilas
un brillo inesperado,
un atisbo de dormida ternura
bajo excusas inútiles
y un muro de sutil indiferencia.

El viaje ha cumplido su trayecto.
Busco ahora dos siluetas extrañas
entre la multitud de este domingo,
pero ya sólo quedan
un murmullo de óxido
y un viejo sinsabor de celuloide
acompañando el frío de la tarde.

También sigue mis pasos
la sombra imaginaria del testigo
que ha inventado la trama de la historia:
el autobús, la lluvia,
la escarcha en el cristal,
dos amantes que vuelven a encontrarse
en el último verso de un poema.

Luis Bagué

Palafrugell (Gerona), 1978



Balada de la
bicicleta con alas (1)

1

A los cincuenta años, hoy, tengo una bicicleta.
Muchos tienen un yate
y muchos más un automóvil
y hay muchos que también tienen un avión.
Pero yo
a mis cincuenta años justos, tengo sólo una bicicleta.

He escrito y publicado innumerables versos.
Casi todos hablan del mar
y también de los bosques, los ángeles y las llanuras.
He cantado las guerras justificadas,
la paz y las revoluciones.
Ahora soy nada más que un desterrado.
Y a miles de kilómetros de mi hermoso país,
con una pipa curva entre los labios,
un cuadernillo de hojas blancas y un lápiz
corro en mi bicicleta por los bosques urbanos,
por los caminos ruinosos y calles asfaltadas
y me detengo siempre junto a un río
a ver cómo se acuesta la tarde y con la noche
se le pierden al agua las primeras estrellas.

2

Es morada mi bicicleta
y alegre y plateada como cualquier otra.
Mas cuando gira el sol en sus ruedas veloces,



de cada uno de sus radios llueven chispas
y entonces es como un antílope,
como un macho cabrío, largo de llamas blancas,
o un novillo de fuego que embistiera los azules
[del día.

3

¿Qué nombre le pondría, hoy, en esta mañana,
después que me ha traído,
que me ha dejado sin decírmelo apenas
al pie de estas orillas de bambúes y sauces
y la miro dormida, abrazada de yerbas dulcemente,
sobre un tronco caído?

Carlanc de los bosques.
Estrella voladora de las hadas.
Telaraña encendida de los silfos.
Rosa doble del viento.
Margarita bicorne de los prados.
Cabra feliz de las pendientes.
Eral de las cañadas.
Niña escapada de la aurora.
Luna perdida.
Gabriel arcángel.

La llamaré con este frágil nombre.
Porque son sus dos alas blancas las que me llevan,
anunciándome al aire de todos los caminos.

Rafael Alberti

El Puerto Sta. María (Cádiz), 1902–1999

Rafael Alberti

El Puerto Sta. María (Cádiz), 1902–1999



**Balada de la
bicicleta con alas (y II)**

4

Yo sé que tiene alas.
Que por las noches sueña
en alta voz la brisa
de plata de sus ruedas.

Yo sé que tiene alas.
Que canta cuando vuela
dormida, abriendo al sueño
una celeste senda.

Yo sé que tiene alas.
Que volando me lleva
por prados que no acaban
y mares que no empiezan.

Yo sé que tiene alas.
Que el día que ella quiera,
los cielos de la ida
ya nunca tendrán vuelta.



Poemas
de agua



Poemas
de agua



Las barcas de dos en dos,
como sandalias del viento
puestas a secar al sol.

Yo y mi sombra, ángulo recto.
Yo y mi sombra, libro abierto.

Sobre la arena tendido
como despojo del mar
se encuentra un niño dormido.

Yo y mi sombra, ángulo recto.
Yo y mi sombra, libro abierto.

Y más allá, pescadores
tirando de las maromas
amarillas y salobres.

Yo y mi sombra, ángulo recto.
Yo y mi sombra, libro abierto.



A un capitán de navío

Homme libre, toujours tu chériras la mer.
C. Baudelaire

Sobre tu nave —un plinto verde de algas marinas,
de moluscos, de conchas, de esmeralda estelar,
capitán de los vientos y de las golondrinas,
fuiste condecorado por un golpe de mar:

Por ti los litorales de frentes serpentinadas
desenrollan, al paso de tu arado, un cantar:
—Marinero, hombre libre que los mares declinas,
dinos los radiogramas de tu estrella Polar:

Buen marinero, hijo de los llantos del norte,
limón del mediodía, bandera de la corte
espumosa del agua, cazador de sirenas;

todos los litorales amarrados del mundo
pedimos que nos llesves en el surco profundo
de tu nave, a la mar, rotas nuestras cadenas.

Rafael Alberti

El Puerto Sta. María (Cádiz), 1902–1999



Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico,
con sus faroles rojos en la noche calina
y el disco de la luna bajo el azul romántico
rielando en la movible serenidad marina

Silencio en los muelles en la paz bochornosa,
lento compás de remos, en el confín perdido
y el leve chapoteo del agua verdinosa
lamiendo los sillares del malecón dormido

Fingen en la penumbra fosfóricos trenzados
las mortecinas luces de los barcos anclados
mirando entre las ondas muertas de la bahía.

Y de pronto, rasgando la calma, sosegado,
un cantar marinero, monótono y cansado,
vierte en la noche el dejo de su melancolía.



Viajero

Yo soy como el viajero
que llega a un puerto y no lo espera nadie:
soy el viajero tímido que pasa
entre abrazos ajenos y sonrisas
que no son para él...
Como el viajero solo
que se alza el cuello del abrigo
en el gran muelle frío...

Dulce María Loynaz

La Habana (Cuba), 1902–1997



Y vinieron de lejos a esta tierra.
Tras pasaron montañas
en las cuales
todo recuerdo se convirtió en ausencia.

Llegaron tras de haber vivido mucho.
Tras de haber visto los inmensos árboles
y las inmensas piedras.

Sus cuerpos eran hijos de la mar
y hacia la mar sus ojos regresaban.
Sus ojos eran mar
y sus resacos brazos como el viento.

Llegaron desde lejos.

Hablaban de otros sitios,
de otras tierras más allá de las olas.
Pero nadie escuchaba sus palabras.

Con los labios partidos por el aire
volvieron a tener extraños sueños.

Eran hijos del mar
y hacia la mar sus pasos regresaban.

Vinieron de muy lejos.



Navegación

Los pequeños barcos de madera de tu cuarto
—el *Queen Elizabeth*, el *Mayflower* y
un galeón español del siglo XVII—
parecían a punto de bogar
luego del amor
Flotaban en las sábanas
densas de humedad
despegaban de las paredes celestes
como dársenas
Levaban anclas de la cama
«¡Adónde van?», te pregunté
«Van y vienen en el mar del tiempo»—dijiste—
«Si estoy sola, están anclados».

Cristina Peri Rossi

Montevideo (Uruguay), 1941



¡Perla del mar! ¡Estrella de occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo,
como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy a partir!... La chusma diligente,
para arrancarme del nativo suelo
las velas iza, y pronta a su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adiós, patria feliz, edén querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela,
tu dulce nombre halagará mi oído!

¡Adiós!... Ya cruje la turgente vela...
el ancla se alza... el buque, estremecido,
las olas corta y silencioso vuela.

Gertrudis Gómez de Avellaneda

Sta. María de Puerto Príncipe (Cuba) , 1814–1873



Hamburgo

Aquí los barcos entran lentos,
cuidando no escorar; son contemplados
por el ávido puerto.

La niebla inunda el apacible canal.
Y otros barcos de Holanda, de Suecia,
de Noruega, también entraron
lentos al puerto de Hamburgo
hace cuarenta días.

Para estos barcos vive el puerto,
para esos cruces convenidos
y ágiles.

Y tú esperas, muchacha de Hamburgo,
ajena a la ciudad,
pero golpeada y viva como cualquiera
de sus cosas.

Cuando llegue otro barco
y desciendan los hombres a las calles
de invierno,

te echarás sobre alguno;
harás un lánguido ejercicio
frente a sus ojos nórdicos
(esa noche cenarás como nunca).

Y desnuda en un cuarto de Saint Pauli
serás toda la furia,
toda la fuerza de la vida
empeñada en lograr
la rápida alegría de un extraño.

Heberto Padilla

Pinar del Río (Cuba), 1932–2000



Cuando es invierno en el mar del Norte
es verano en Valparaíso.
Los barcos hacen sonar sus sirenas al entrar en el
[puerto de
Bremen con jirones de niebla y de hielo
[en sus cabos,
mientras los balandros soleados arrastran
[por la superficie
del Pacífico Sur bellas bañistas.

Eso sucede en el mismo tiempo,
pero jamás en el mismo día.

Porque cuando es de día en el mar del Norte
—brumas y sombras absorbiendo restos
de sucia luz—
es de noche en Valparaíso
—rutilantes estrellas lanzando agudos dardos
a las olas dormidas.

Cómo dudar que nos quisimos,
que me seguía tu pensamiento
y mi voz te buscaba —detrás,
muy cerca, iba mi boca.
Nos quisimos, es cierto, y yo sé cuanto:
primaveras, veranos, soles, lunas.

Pero jamás en el mismo día.



Los navegantes

Lloraban unos tristes pasajeros
viendo su pobre nave, combatida
de recias olas y vientos fieros,
ya casi sumergida,
cuando súbitamente
el viento calma, el cielo serena,
y la afligida gente
convierte en risa la pasada pena.
Mas el piloto estuvo muy sereno
tanto en la tempestad como en bonanza.

Pues sabe que lo malo y que lo bueno
Está sujeto a súbita mudanza.

Félix M^a de Samaniego

La Guardia (Álava), 1745–1801



*Del mar las ondas
quebrantarse vía*

Del mar las ondas quebrantarse vía
en las desnudas peñas, desde el puerto,
y en conflicto las naves, que el desierto
bóreas, bramando con furor, batía,

cuando, gozoso de la suerte mía
aunque afligido del naufragio cierto,
dije: «No cortará del ponto incierto
jamás mi nave la temida vía».

Mas, ¡ay, triste!, que apenas se presenta
de mi fingido bien una esperanza,
cuando las velas tiendo sin recelo;

vuelo cual rayo, y súbita tormenta
me niega la salud y la bonanza,
y en negra sombra cubre todo el cielo.

Fernando de Herrera

Sevilla, 1534–1597



Te acuerdas de aquellos días
azules frente al Estrecho,
y la playa solitaria
y los barcos a lo lejos?

¿Adónde irán?, señalabas
sentada sobre la arena,
y el cielo se ensombrecía
con las lejanas sirenas.

Mientras, el viento salobre
iba envolviendo la tarde
y desgranadas las luces
se descolgaban de Tánger.

¿Te acuerdas, mi amor, de aquellas
madrugadas junto al mar?

¿Por qué han venido los sueños
como barcos a cruzar,
por qué pasarán de largo
y por qué no volverán?



Poemas
de hierro



Poemas
de hierro



El gusano de cables
va hilando su camino

Y sobre la bitácora
un experto marino
juega a los barquillos en la rosa náutica

Las estrellas medrosas
deshojadas y rotas
huyendo del huracán
vienen a refugiarse en nuestras gavias

Se oyen morir extáticas las olas
en la playa desierta

De repente notamos
que alguien nos ha robado
Buscamos la memoria y no la hallamos

No tengas miedo
Sobre las nubes
imantadas de relámpagos
vías cruza en su tranvía eléctrico



En tren

Yo para todo viaje
—siempre sobre la madera
de mi vagón de tercera—,
voy ligero de equipaje.
Si es de noche, porque no
acostumbro a dormir yo,
y de día, por mirar
los arbolitos pasar,
yo nunca duermo en el tren,
y sin embargo voy bien.
¡Este placer de alejarse!
Londres, Madrid, Ponferrada,
tan lindos... para marcharse.
Lo molesto es la llegada.
Luego, el tren, al caminar,
siempre nos hace soñar;
y casi casi olvidamos
el jamelgo que montamos.
¡Oh el pollino
que sabe bien el camino!
¿Dónde estamos?
¿Dónde todos nos bajamos?
¡Frente a mí va una monjita
tan bonita!
Tiene esa expresión serena
que a la pena
da una esperanza infinita.

[...]

Antonio Machado

Sevilla, 1875—1939



*Madrigal al
billete de tranvía*

Adonde el viento, impávido, subleva
torres de luz contra la sangre mía,
tú, billete, flor nueva,
cortada en los balcones del tranvía.

Huyes, directa, rectamente liso,
en tu pétalo un nombre y un encuentro
latentes, a ese centro
cerrado y por cortar del compromiso.

Y no arde en ti la rosa, ni en ti priva
el finado clavel, sí la violeta
contemporánea, viva,
del libro que viaja en la chaqueta.

Rafael Alberti

El Puerto Sta. María (Cádiz), 1902–1999



El padre

El padre brusco vuelve
de sus trenes:
reconocimos
en la noche
el pito
de la locomotora
perforando la lluvia
con un aullido errante,
un lamento nocturno,
y luego
la puerta que temblaba:
el viento en una ráfaga
entraba con mi padre
y entre las dos pisadas y presiones
la casa
se sacudía,
las puertas asustadas
se golpeaban con seco
disparo de pistolas,
las escalas gemían
y una alta voz
recriminaba, hostil,
mientras la tempestuosa
sombra, la lluvia como catarata
despeñada en los techos
ahogaba poco a poco
el mundo
y no se oía nada más que el viento
peleando con la lluvia.



Sin embargo, era diurno.
Capitán de su tren, del alba fría,
y apenas despuntaba
el vago sol, allí estaba su barba,
sus banderas
verdes y rojas, listos los faroles,
el carbón de la máquina en su infierno,
La Estación con los trenes en la bruma
y su deber hacia la geografía.

El ferroviario es marinero en tierra
y en los pequeños puertos sin marina
—pueblos del bosque—el tren corre que corre
desenfrenando la naturaleza,
cumpliendo su navegación terrestre.
Cuando descansa el largo tren
se juntan los amigos,
entran, se abren las puertas de mi infancia,
la mesa se sacude,
al golpe de una mano ferroviaria
chocan los gruesos vasos del hermano
y destella
el fulgor
de los ojos del vino.

[...]

Pablo Neruda

Parícuti (Chile), 1904–1973



El tren arranca, lentamente

Juan Ramón Jiménez

Moguer (Huelva), 1881—1958

El tren arranca, lentamente. El pueblo viejo
tiene en sus grandes casas, sucias y silenciosas,
una opaca, doliente y suave claridad,
perdido entre las gasas azules de la aurora.

Se ven calles sin nadie, con las puertas cerradas,
un reló da una hora desierta y melancólica,
y, en una pared última, cerca del llano verde,
vacila, polvorienta, una triste farola.

Llovizna. Algunas gotas mueren en el cristal.
Los molinos de viento son vagamente rosas.
Huye más el paisaje... Y la ciudad se pierde
allá en el campo inmenso, que un sol difícil dora...

... Desde el lecho, abrazados, sin nostalgia y sin frío,
fundiendo en una sola las ascuas de sus bocas,
dos amantes habrán oído, como en sueños,
este tren lento, largo de cansancio y de sombra.



¡Cuán tierna la estación,
sólo nido de tránsito,
abre un vuelo de trenes
hacia el aire lejano!

Ya la mano conduce
al vagón resonante,
la ternura, los sueños:
su lírico equipaje.

La rosa de los vientos
en el andén levanta
un perfume de olas
y de tierras intactas.

Cuando vaya el paisaje
por las vías del tiempo,
¡qué lejos quedarán
el adiós, el pañuelo!

¿Y la quietud no quiere
seguir la nueva estrella?
Dos anhelos cruzados
en el cristal se besan.



El tren expreso

I

Habiéndome robado el albedrío
un amor tan infausto como mío,
ya recobrados la quietud y el seso,
volvía de París en tren expreso;
y cuando estaba ajeno de cuidado,
como un pobre viajero fatigado,
para pasar bien cómodo la noche
muellemente acostado,
al arrancar el tren subió a mi coche,
seguida de una anciana,
una joven hermosa, alta, rubia,
delgada y muy graciosa,
digna de ser morena y sevillana.

II

Luego, a una voz de mando
por algún héroe de las artes dada,
empezó el tren a trepidar, andando
con un trajín de fiera encadenada.
Al dejar la estación, lanzó un gemido
la máquina, que libre se veía,
y corriendo al principio solapada
cual la sierpe que sale de su nido,
ya al claro resplandor de las estrellas,
por los campos, rugiendo, parecía
un león con melena de centellas.

[...]

Ramón de Campoamor

Navia (Asturias), 1817–1901



Hay muchos trenes falsos.
Es fácil confundirlos con los trenes auténticos.
Casi todos
los llaman también trenes:
los revisores
los ferroviarios
los carteristas
los viajeros casi sin excepción
y hasta yo mismo
cuando no quiero dar muchas explicaciones.
Trenes sólo son los que parten de noche.
Trenes sólo son los que llevan a ti.



En su puntualidad la vida cobra
la dimensión diáfana del amor: ser llevados en
algo
que nos sobrepasa, hacia un destino cierto.
La purificación de la impaciencia. El transparente
temblor
de la esperanza. Los trenes
son de los enamorados. Quien nunca
haya viajado en tren a una ciudad lejana
donde aguarda la amante o el amante
nunca ha viajado en tren.
Hacia ti. La caricia de la nieve
sobre los campos. Deseo de una rosa
roja.

Alabanza de los trenes verdaderos →
← Los trenes son de los enamorados

Jorge Riechmann
Madrid, 1962



Ojo de los semáforos, colgada,
la luna, presidenta de los trenes
y guardavía azul de faz tiznada.

Galope de las férreas amazonas,
los lárgalos de silbos y vaivenes,
de luz carbonizada las coronas.

¡Expreso al mar! ¡Adiós! Mi guardavía
(Un tiro. ¡Muerto un brazo!), tu corneta
corta la Mancha y parte Andalucía.

CÓRDOBA. (Del bazar, timbre de plata,
carro, veloz baúl, rauda maleta.
Tieso, un pelele recortado en lata.)

—Yo te diría a ti que tu pañuelo,
no en Córdoba ni en Cádiz, sí en Sevilla,
Guadalquivir de azul, volará al cielo.

SEVILLA. (No cerveza, no fresones.
Los trenes bautizar con manzanilla
y los barcos con zumo de limones.)

—¡Baile usted, Lady! ¡Mister, una copa!
Gira, Giralda—girasol, morena,
libre, en un pie, de escrúpulos y ropa.



CÁDIZ. (Al novelón para los rieles,
un tiro en el andén. De versos llena,
pasa la mar sus hojas de bajeles.)

—Gratis, desde La Isla, a la regata
de las sirenas, blanco, un marinero
te hará arribar, dormida, en su fragata.

MÁLAGA. (El farolillo colorado
del reloj, reolina el minuterero,
gira, ruleta infiel, descarrilado.)

—¡Dátiles de la mar! Una palmera,
tu quitasol, cuando por la bahía
rubrique un arco tu gasolinera.

¡El Coche-Restorán! (Menú: claveles
al salitre francés: plato del día.
Y vino de amarantas moscateles.)

—¡Adiós, adiós, adiós! En los viajes,
beba usted solo, con la vista, el viento
de los precipitados paisajes.

Rafael Alberti

El Puerto Sta. María (Cádiz), 1902–1999



Ayer vendrá

La tarde va a morir; en los caminos
se ciega triste o se detiene un aire
bajo y sin luz; entre las ramas altas,
mortal, casi vibrante,
queda el último sol; la tierra huele,
empieza a oler; las aves
van rompiendo un espejo con su vuelo;
la sombra es el silencio de la tarde.
Te he sentido llorar: no sé a quién lloras.
Hay un humo distante,
un tren, que acaso vuelve, mientras dices:
Soy tu propio dolor; déjame amarte.

Luis Rosales

Granada, 1910–1992



Trenes antiguos →
← Instrucciones para un viaje en tren

Los trenes tenían una sirena,
como un lamento largo, y, en la noche,
un farolillo rojo se alejaba.
Tu amor viajaba dentro. Se fue.
¿Vendrá de nuevo? Mientras tanto
tu vida es un andén vacío, y una sala
fría, de desespero.



El tren de Transilvania a Trento
es un tranquilo tren tranvía,
sin transbordo en el Transtíber;
pero en los transportes transmediterráneos,
hasta Transilvania desde Trento,
hay que tomar el tren transiberiano,
y transbordar tranquilamente luego
del tren tranvía al tren, y más seguro
del tren a otro tranvía en Transjordania.
No tomar ningún tren de transcendencia,
que son transpirenaicos,
y transportan troncos, trompas, trencas, trenzas,
e ilusiones truncas: una trampa.
El tren tranvía es el tranquilo.

José Jiménez Lozano

Langa (Ávila), 1930



Silencio que naufraga en el silencio
de las bocas cerradas de la noche.
No cesa de callar ni atravesado.
Habla el lenguaje ahogado de los muertos.
Silencio.

Abre caminos de algodón profundo,
amordaza las ruedas, los relojes,
detén la voz del mar, de la paloma:
emociona la noche de los sueños.
Silencio.

El tren lluvioso de la sangre suelta,
el frágil tren de los que se desangran,
el silencioso, el doloroso, el pálido,
el tren callado de los sufrimientos.
Silencio.

Tren de la palidez mortal que asciende:
la palidez reviste las cabezas,
el ¡ay!, la voz, el corazón, la tierra,
el corazón de los que malhirieron.
Silencio.

Van derramando piernas, brazos, ojos,
van arrojando por el tren pedazos.
Pasan dejando rastros de amargura,
otra vía láctea de estelares miembros.
Silencio.



Ronco tren desmayado, enrojecido:
agoniza el carbón, suspira el humo,
y maternal la máquina suspira,
avanza como un largo desaliento.
Silencio.

Detenerse quisiera bajo un túnel
la larga madre, sollozar tendida.
No hay estaciones donde detenerse,
si no es el hospital, si no es el pecho.

Para vivir, con un pedazo basta:
en un rincón de carne cabe un hombre.
Un dedo solo, un solo trozo de ala
alza el vuelo total de todo un cuerpo.
Silencio.

Detened ese tren agonizante
que nunca acaba de cruzar la noche.

Y se queda descalzo hasta el caballo,
y enarena los cascos y el aliento.

Miguel Hernández
Orihuela (Alicante), 1910–1942



*Un tren atraviesa
las estepas de madrugada*

No parará,
no parará,
no parará este tren hasta llegar al día.
No parará
hasta las terminales del amanecer.
Con el estruendo de su prisa invade
los túneles dormidos,
desgarra los andenes desolados,
estremece los pasos a nivel.
No parará,
no parará.
Sus ruedas,
violentas y seguras,
isócronas y tercas,
golpean hasta el alma
las vías que se juntan y se apartan,
las vías que se apartan y se juntan
en una sola flecha rauda.
No parará,
no parará,
no parará esta cólera de lámparas
que cruza entre rebaños de vapores
por las estepas de la madrugada.



No parará,
no parará ni aunque los negros puentes
chillen en sus herrumbres,
crujan en sus pilastras.

No parará,
no parará.

Contra la noche y la ventisca avanza.
Viene de lejos con su faro insomne,
evaporándose en las distancias,
reapareciendo en las soledades.

No parará,
no parará,
no parará.

Abandonó crepúsculos y ríos
tras los semáforos de las fronteras
y dejó atrás pañuelos blancos
entre amarillas novias muertas.

No parará en brumosos caseríos
ni en estaciones perdidas.

No parará,
no parará,
no parará este tren hasta llegar al día.

Manuel Díaz Martínez

Santa Clara (Cuba), 1936



Segunda clase

Es de noche y no puedo ver cómo corren las
[fronteras.

Fumo para ayudarme a escribir:

Escribo para dejar de fumar.

Excelente pretexto para no dar más explicaciones.

No sé a dónde me lleva este tren,

no sé a dónde yo lo llevo a él.

Toda la velocidad es mía.

Todo lo que no es mío, por ausencia es también
[mío.

No me detengo en ningún destino.

Los que se bajan habrán de cumplir el suyo.

Tramposamente cierro los ojos para imaginarme
[con los

párpados oscuros.

De niña deseaba ser campeona de ajedrez.

Cuando uno va hacia la noche, se precipitan los
[recuerdos

inútiles.

El conductor es un brujo. La locomotora cruza el
[infinito.

Este viaje se parece a una mirada perpetua.

Zoe Valdés

La Habana (Cuba), 1959





Poemas
de aire



El Sena
discurre circunspecto;
civilizada linfa
que saluda en silencio
sacándose el sombrero.
Mi patria en el recuerdo
y yo en París clavado
como un blando murciélago.
¡Quiero
el avión que me lleve,
con sus cuatro motores
y un solo vuelo!

Brilla sangre en el pecho
de esa nube que pasa
lenta en el bajo cielo.
Va de negro. La hieren
cuatro cuchillos nuevos.
Viene del Mar Caribe,
pirata mar caníbal,
duro mar de ojos ciegos
y asesinado sueño.
¡Volver con esa nube
y sus cuatro cuchillos
y su vestido negro!



Los amantes

París, y esto es un día del 59 en el aire.
Por lo visto es el mismo día radiante
[desde entonces.
La primavera sabe lo que hace con sus besos.
[Todavía te busco
en ese taxi urgente, y el gentío. Está escrito que
[esta noche
dormiré con tu cuerpo largamente, y el tren
[interminable.

París, y éste es el fósforo de la maravilla violenta.
Todo es en el relámpago y ardemos sin parar
[desde el principio
en el hartazgo. Amémonos estos pobres minutos.
De trenes y más trenes y de aviones errantes nos
[cosieron los dioses,
y de barcos y barcos, esta red que nos une en
[lo terrestre.



París, y esto el oleaje de la eternidad de repente.
Allí nos despedimos para seguir volando.

[No te olvides
de escribirme. La pérdida de esta piel, de estas
[manos,
y esas ruedas terribles que te llevan tan lejos
[en la noche,
y este mundo que se abre debajo de nosotros
[para seguir
naciendo.

París, y vamos juntos en el remolino gozoso
de esto que nace y nace con la revolución de
[cada día.
A tus pétalos altos encomiendo la estrella del
[que viene en los meses de tu sangre,
y te dejo dormir en la sábana. Pongo mi mano
[en la hermosura
de tu preñez, y toco claramente el origen.

Gonzalo Rojas
Lebú (Chile), 1917



Ayer

Ayer fue miércoles toda la mañana.
Por la tarde cambió:
se puso casi lunes,
la tristeza invadió los corazones
y hubo un claro
movimiento de pánico hacia los
tranvías
que llevan los bañistas hasta el río.
A eso de la siete cruzó el cielo
una lenta avioneta, y ni los niños
la miraron.
Se desató
el frío, alguien salió a la calle con sombrero,
ayer, y todo el día
fue igual,
ya veis,
qué divertido,
ayer y siempre ayer y así hasta ahora,
continuamente andando por las calles
gente desconocida,
o bien dentro de casa merendando
pan y café con leche ¡qué
alegría!



La noche vino de pronto y se encendieron
amarillos y cálidos faroles,
y nadie pudo
impedir que al final amaneciese
el día de hoy, tan parecido
pero
¡tan diferente en luces y en aroma!
Por eso mismo,
porque es como os digo,
dejadme que os hable
de ayer, una vez más
de ayer: el día
incomparable que ya nadie nunca
volverá a ver jamás sobre la tierra.

Ángel González

Oviedo, 1925



Pasajera

En el gran ventanal del aeropuerto
un alba de luz blanca entre la niebla
se alza ante la muchacha con un libro
que nunca alcanzará a poder leer.
Mi juventud está también ahí,
en esas páginas de papel biblia
del grueso tomo encuadernado en piel
de los rusos del siglo diecinueve.
Natashas y Nastenkas, silenciosas
amigas de las cuales aprendí
a buscar las pequeñas esperanzas
como si fuesen conchas en la orilla:
todavía imagino que esperarás
a que llegue en la nieve y la ventisca
una abrigada sombra del amor.
También la chica inmóvil en la silla
de ruedas sabe que no llegaré.
Levanta la mirada hacia nostálgicos
fuselajes de aviones que descansan
como gaviotas en un mar helado.
Acoged a mi hija, amigas mías,
pues yo no tengo rostro para ella:
mi rostro ya no es más que un ventanal
de aeropuerto con luz de noches blancas.



Paisaje cerca del
aeropuerto

Guarda un aire burgués de veraneo
y a la vez de escapadas clandestinas,
pero ya es un suburbio. La ciudad
surge en el horizonte de la playa.
Comienza a amanecer, los albañiles
encienden una hoguera al pie de una obra.
Calles entre jardines silenciosos
acaban en la playa, y el asfalto
se cubre de un sutil tapiz de arena.
Despintado y cerrado, hay un viejo club náutico
mirando el herrumbriento sol que surge
despacio sobre el mar.
Un avión sobrevuela a baja altura:
una pátina rosa recubre el fuselaje
por el lado del mar.
Vulgares, atestadas en verano,
dignas y desoladas en invierno,
son igual que el amor estas afueras.

Joan Margarit
Sanatüja (Lérida), 1938



Life vest under your seat

Señores pasajeros buenas tardes
y Nueva York al fondo todavía,
delicadas las torres de Manhattan
con la luz sumergida de una muchacha triste,
buenas tardes señores pasajeros,
mantendremos en vuelo doce mil pies de altura,
altos como su cuerpo en el pasillo
de la Universidad, una pregunta,
podría repetirme el título del libro,
cumpliendo normas internacionales,
las cuatro ventanillas de emergencia,
pero habrá que cenar, tal vez alguna copa,
casi vivir sin vínculo y sin límites,
modos de ver la noche y estar en los cristales
del alba, regresando,
y muchas otras noches regresando
bajo edificios de temblor acuático,



a una velocidad de novecientos
kilómetros, te dije
que nunca resistí las despedidas,
al aeropuerto no,
prefiero tu recuerdo por mi casa,
apoyado en el piano del Bar Andalucía,
bajo el cielo violeta
de los amaneceres de Manhattan,
igual que dos desnudos en penumbra
con Nueva York al fondo, todavía
al aeropuerto no,
rogamos hagan uso
del cinturón, no fumen
hasta que despeguemos,
cuiden que estén derechos los respaldos,
me tienes que llamar, de sus asientos.

Luis García Montero

Granada, 1958





Poemas
de camino



Poemas
de camino



Cien jinetes enlutados,
¿donde irán,
por el cielo yacente
del naranjal?
Ni a Córdoba ni a Sevilla
llegarán.
Ni a Granada la que suspira
por el mar.
Esos caballos soñolientos
los llevarán,
al laberinto de las cruces
donde tiembla el cantar.
Con siete ayes clavados,
¿donde irán
los cien jinetes andaluces
del naranjal?

Federico García Lorca

Fuentevaqueros (Granada), 1898–1936



La hermana

En tierra lejana
tengo yo una hermana.
Siempre en primavera
mi llegada espera
tras de una ventana.

Y a la golondrina,
que en sus rejas trina,
dice con dulzura:
—¡Por aquella espina
que arrancaste a Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura!
¡El ave su queja
lanza temerosa,
y, en la tarde rosa,
bajo el sol se aleja!

Desde su ventana,
mi pálida hermana
pregunta al viajero
que camina triste:
—¡Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero!
Pero el pasajero
su Calvario sube,
y se aleja lento,
dejando una nube
de polvo en el viento!



Desde su ventana
a la luna grita
mi pálida hermana:
—¡Por la faz bendita
del Crucificado,
dime en qué sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado!

La luna, la vaga
llanura ilumina;
trémula declina,
y en el mar se apaga.

Acaso yo, errante,
pase, vacilante
bajo tu ventana,
y, sin conocerme,
mi pálida hermana,
preguntes al verme
venir tan lejano:
—Dime, peregrino:
¿has visto a mi hermano
por ese camino?

Francisco Villaespesa

Laujar (Almería), 1877–1936



*Andar a pie el
camino de Santiago*

Andar a pie el camino de Santiago,
camino por la tierra a Finisterre,
y andarle andando a dos porque no yerre
el ciego amor, la ciega flor de un lago,

es pisar sobre estrellas, sobre un vago
azar de nebulosa que abra o cierre
según el polvo de astros nos destierre
o nos desciele en remolino aciago.

La cándida pareja toda amores
va recitando versos, va midiendo
para no perder rumbo los fulgores,

Las letanías que se van fundiendo,
poesía en boca y boca, ajenas flores,
suyas a besos de un amor creyendo.

Gerardo Diego

Santander, 1896–1987



Yo soy esa ciudad que te esperaba,
sentí que me decía,
y vi que con la tarde se escondía
en los brazos abiertos de su rada.

Mas soy una ciudad que se defiende
de las lunas ajenas que me alumbran
y de labios distintos que me ofenden.

Así entré en la ciudad como viajero,
inquieto y sorprendido,
como un pájaro amando a media altura
que busca entre la gente su consuelo.

Y allí me acomodé con los sonidos
que siendo familiares,
las gaviotas que vuelan tierra adentro
recorrían los sueños de mis mares.

También reconocí que con el tiempo,
olores y sabores nos reclaman
la suerte o la desgracia del regreso
y el gozo de encontrar otros lugares.

Porque al fin no me quedo, pues la vida
conoce su destino de ida y vuelta,
metáfora del mar, vaivén de las mareas
que arrastra la memoria del viajero
y deja que se pierda en la nostalgia
de lo que amó y perdió cambiando de caminos.



Mi mula
A Alejandro Serna

Mi mula es algo más
que una mula
es la sombra de Dios.
Mi mula y yo vamos
a todas partes juntos,
por la mañana paramos
en los kioscos del amanecer
donde los campesinos
aparcen sus coches y sus tractores,
esas máquinas que no tienen
el corazón de mi mula.
A mi mula no le importa
que ya nadie le haga caso
porque ella y yo somos
la canción de una sola sombra.
Cuando anochece
mi mula y yo nos paseamos
por los polvorientos
caminos de La Mancha,
y juntos miramos el firmamento.



El universo nos sonríe,
y las estrellas nos acompañan
como una corona de luz.
La luna nos guía
cuando estamos perdidos.
Sin mi mula yo no soy nadie,
sin mí ella es una sombra sin nombre.
Un día su esqueleto y el mío
volverán a la tierra,
y sus huesos y mis huesos
brillarán entre los viñedos
como la flor del almendro.
Desde más allá de las galaxias
mi mula y yo miraremos,
abandonados por los caminos
polvorientos de La Mancha,
los oxidados tractores,
las viejas furgonetas blancas,
las máquinas que nunca
tuvieron corazón.

Dionisio Cañas

Tomelloso (Ciudad Real), 1949



Misión cumplida
(Poema inédito)

Las calles anuncian
el viaje de los mundos,
lejana la sierpe del destino.

*el vencejo de la prisa
el erotismo falaz del volante
la furia contenida
la edad del embrague*

Me desnudo en el asfalto,
en un paisaje de hierba herida,
vehículos en tormenta.

*el óxido ocultándose
el móvil interruptus
la gráfica del petróleo
la incontinencia de los frenos*

Los sueños son como las despedidas.

*el claxon provocando
el incendio de los semáforos
la certeza de dirección equivocada
la rueda sin latidos de aire*



Un misterio de horas perdidas,
bicicletas lejanas,
levedad de tiempo presente.

el marcapasos de los aparcamientos
el signo de las señales oxidadas
la huida de los caballos de acero
la perfección de la máquina en avería

La radio anuncia la hora de la música,
peatones con la sonrisa en viento.

Jorge Manrique insistiendo en la memoria
recuerde el alma dormida,avise el seso y
despierte...

Me abrazo a la almohada.
Misión cumplida.
En el fondo de la piscina el coche observa
mis zapatillas.

Pedro Enríquez

Granada, 1956



*Vuelve hacia atrás
la vista, caminante*

Vuelve hacia atrás la vista, caminante,
verás lo que te queda de camino;
desde el oriente de tu cuna el sino
ilumina tu marcha hacia adelante.

Es del pasado el porvenir semblante;
como se irá la vida así se vino;
cabe volver las riendas del destino
como se vuelve del revés un guante.

Lleva tu espalda reflejado el frente;
sube la niebla por el río arriba
y se resuelve encima de la fuente;

la lanzadera en su vaivén se aviva;
desnacerás un día de repente;
nunca sabrás dónde el misterio estriba.

Miguel de Unamuno

Bilbao, 1864—1936

Índice de poemas





Índice de poemas



León Felipe
No andes errante

Luis García Montero
Rojo temblor de frenos por la noche

Jesús Munárriz
Tanto coche

Gabriel Celaya
Irrupción en la luz

Joan Margarit
Faros en la noche

José García Nieto
Al espejo retrovisor de un coche

Miguel D'Ors
Carretera

Jaime Siles
Semáforos, semáforos...

Jon Juaristi
MCMLIV

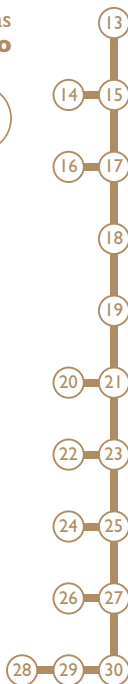
Luis Bagué
Fin de trayecto

Rafael Alberti
Balada de la bicicleta con alas

Prólogo

5

Poemas de asfalto



33

Poemas
de agua

34



35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

Manuel Altolaguirre

Playa

Rafael Alberti

A un capitán de navío

Tomás Morales

Puerto de Gran Canaria

Dulce María Loynaz

Viajero

Pablo del Águila

Y vinieron de lejos

Cristina Peri Rossi

Navegación

Gertrudis Gómez de Avellaneda

Al partir

Heberto Padilla

Hamburgo

Ángel González

Canción de invierno y de verano

Felix M^a de Samaniego

Los navegantes

Fernando de Herrera

Del mar las ondas quebrantarse vía

Andrés Trapiello

Romancillo del Estrecho

Gerardo Diego

Tranvía

Antonio Machado

En tren

Rafael Alberti

Madrigal al billete de tranvía

Pablo Neruda

El padre

Juan Ramón Jiménez

El tren arranca, lentamente

Luis Cernuda

Cuán tierna la estación

Ramón de Campoamor

El tren expreso

Jorge Riechmann

Alabanza de los trenes verdaderos / Los trenes son de los enamorados

Rafael Alberti

Estación del Sur

Luis Rosales

Ayer vendrá

José Jiménez Lozano

Instrucciones para un viaje en tren / Trenes antiguos

Miguel Hernández

El tren de los heridos

Manuel Díaz Martínez

Un tren atraviesa las estepas de madrugada

Zoe Valdés

Segunda clase

Poemas
de hierro



67

Poemas
de aire

68 69



70 71

72 73

74 75

Nicolás Guillén

Exilio

Gonzalo Rojas

Los amantes

Ángel González

Ayer

Joan Margarit

Pasajera / Paisaje cerca del aeropuerto

Luis García Montero

Life vest under your seat

79

Poemas
de camino

80 81



82

83

84 85

86 87

88

Federico García Lorca

Camino

Francisco Villaespesa

La hermana

Gerardo Diego

Andar a pie el camino de Santiago

Jesús Fernández Palacios

Cita en Brest

Dionisio Cañas

Mi mula

Pedro Enríquez

Misión cumplida

Miguel de Unamuno

Vuelve hacia atrás la vista, caminante

95

Colofón

Fermín Herrero

poema de El tiempo de los usureros

Qué se puede esperar de alguien que
—haciendo un cálculo somero— ha perdido
aproximadamente un año dentro
de sus coches— y al menos medio habré pasado
en otros y lo que te rondaré
morena—. Qué se puede esperar:

Fermín Herrero

Ausejo de la Sierra (Soria), 1963

*Se terminó de imprimir esta obra
en Sevilla el 9 de septiembre de 2005*

La Junta de Andalucía mantiene la prioridad de fomentar el uso del transporte público como el medio más eficaz, limpio y confortable para los desplazamientos de los ciudadanos. Por ello realiza importantes inversiones en la red de transporte regional y metropolitano para mejorar su gestión y las instalaciones, en la construcción de nuevas infraestructuras y servicios, así como en mejoras en la red de carreteras. Para que el ciudadano cambie sus hábitos y utilice más el transporte público debe contar con servicios eficaces y fiables que respondan a sus necesidades, pero también debe realizar un ejercicio de responsabilidad y cambiar sus hábitos. Este libro es una prueba de que los diferentes medios de transporte son, además, fuente de inspiración para poetas. Con él queremos agradecerle que sea usted usuario de transporte público y pedirle que colabore con nosotros en la sensibilización de otros ciudadanos.

EDICIÓN NO VENAL
CON MOTIVO DE LA
**SEMANA EUROPEA
DE LA MOVILIDAD**
2005



JUNTA DE ANDALUCIA

CONSEJERÍA DE OBRAS PÚBLICAS Y TRANSPORTES